

tual. Parece que se da algo así como una mutación. ■
EDUARDO CHAMORRO.

**BIBLIOGRAFIA
DE CARO BAROJA**

1942, Algunos mitos españoles; 1943, Los pueblos del Norte de la Península Ibérica; 1944, La vida rural en Vera del Bidasoa; 1946, Los pueblos de España; 1947, Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina; 1948, Análisis de la cultura; 1949, Los vascos; 1955, Estudios saharianos; 1956, Una visión de Marruecos a mediados del siglo XVI; 1957, Estudios mogrebíes, Los moriscos del reino de Granada, España primitiva y romana, Razas, pueblos y linajes; 1958, Vasconlana; 1961, Las brujas y su mundo; 1963, Los judíos en la España moderna y contemporánea; 1966, El Carnaval; 1967, Vidas mágicas e Inquisición; 1968, La ciudad y el campo, Ensayos sobre la vida tradicional, La hora navarra del XVIII, Romances de ciego; 1969, Ensayo sobre la literatura de cordel; 1970, El mito del carácter nacional, Inquisición, brujería y criptojudasmo.

**El sexo,
como error**

El doctor F. Koning es un sexólogo de la vieja escuela. Frente a las «otras» formas de actividad sexual hay tres posiciones principales: la escuela antigua, que las considera corrupciones individuales contrarias a la idea del «Bien»; la sociológica, que estima que son productos de la sociedad represiva y que deben corregirse mediante una corrección general de las presiones sociales, y de las que estiman que todo es permisible y aceptable, que no deben establecerse diferencias morales y que no hay motivos clínicos para prohibirlas. El propio título del libro de Koning, «Los errores sexuales», indica ya su adscripción total a la primera serie, ni aun intenta una aproximación a los otros puntos de vista.

Doctor F. Koning, «Los errores sexuales». Ediciones 29, Barcelona.

**Hablan los
desertores de
Vietnam**

Aunque probablemente de una manera involuntaria, el Tribunal de Nuremberg, que acusó a los responsables nazis y creó la figura de delito de «criminal de guerra», sentaba jurisprudencia: nadie puede alegar que el hecho de estar inmerso en una guerra justifica sus actos individuales, nadie puede escudarse en órdenes recibidas para rehuir sus responsabilidades. Si legalmente estas doctrinas no han podido tener prolongación (el Tribunal Russell fue puramente moral), en cambio han penetrado muy profundamente en el espíritu de mu-

este importante libro, sino la compleja personalidad del joven americano situado ante una situación límite, en la terrible contradicción de tener que traicionar todas las enseñanzas que le han sido inscritas desde niño —pacifismo, respeto a la vida humana, ideal de defensa del débil, espíritu de justicia—; situado también no sólo ante la obligación de matar, sino ante la de ser matado, sin que comprenda bien qué razones superiores puedan haberle conducido a este «climax» desesperado. La busca de la evasión por la droga, por el sexo o incluso por esa huida hacia adelante que es el ejercicio de la brutalidad para superar la brutalidad anterior, no son suficien-

una niña argentina perteneciente a la llamada «clase media». Nació, hace algunos años, en unas «tirras» publicadas regularmente en las páginas del diario bonaerense «El Mundo». Junto a Mafalda nacieron sus papás (él, un oficinista aficionado a la floricultura, y ella, una «frustrada y mediocre» hembra doméstica) y sus pequeños compañeros: Felipe (hipersensible, intelectual y admirador de «El Llanero Solitario»), Susanita (burguesa precoz, reprimida y chismosa) y Manolito (cazorro de solemnidad y heredero espiritual de un emigrante español dedicado al comercio de comestibles). El mínimo y entrañable universo vital de Mafalda lle-

futuro. «Los niños —ha dicho Charles M. Schulz, creador del famoso Charlie Brown— muestran una curiosa actitud ante el tiempo, pues carecen de paciencia para dejar que los días pasen; quieren obtener inmediatamente lo que desean...». Esa irreprimible impaciencia es, según parece, una constante en la psicología infantil; y al actuar sobre realidades concretas, exige soluciones radicales e inmediatas.

Mafalda es una persona auténticamente preocupada por las realidades objetivas; pero luego, por su cuenta y riesgo, las subjetiviza, las traduce a términos cotidianos. Y así llegan a ocupar el mismo plano de trascendencia aconteci-



chas personas que luego han tenido que ser actores de una guerra. La de Vietnam, por sus características especiales —guerra no declarada, el país más poderoso del mundo contra uno de los más indefensos, la escasez de justificaciones para considerarla necesaria...—, ha multiplicado esas contradicciones individuales y ha dado una configuración nueva a la figura, antes despreciada y ahora considerada de otra manera, del desertor. El periodista Mark Lane, que fue él mismo combatiente a los dieciocho años en la segunda guerra mundial, que alcanzó luego la fama como autor del «Informe sobre el informe Warren» (el asesinato de Kennedy) interroga ahora (1), con una técnica de simples preguntas y respuestas, a un cierto número de estos desertores. No es el relato de atrocidades —impresionantes— lo que más interesa en

tes. No es suficiente, siquiera, la desertión, la huida a Suiza o al Canadá: Mark Lane nos muestra la figura del desertor neurotizado, traumatizado, sobre el que pesa el recuerdo de lo sucedido, la imaginación acerca de lo que en este mismo momento está ocurriendo y la angustia por su futuro, por una vida que ya nunca podrá ser ajustada a los mecanismos de su propia sociedad y que le determinará para siempre. ■ H.

(1) Mark Lane, «Hablan los desertores de Vietnam», traducción de Luis María Badía, prólogo de Mateo Madrilejos. Editorial Dopesa, Barcelona.

**El mundo
de Mafalda**

A pesar de que su nombre suena a carolingio, Mafalda es

gaba cotidianamente a los lectores de varios rotativos argentinos. Más tarde, las «tirras» fueron publicadas en forma de libro por el editor Jorge Álvarez. Ahora, con el sello de Editorial Lumen, Mafalda aparece en España.

La lucidez infantil, ajena a cualquier tipo de mixtificación diplomática, ha sido siempre una buena excusa para ejercer la crítica social. Desde nuestro Lazarillo hasta el inefablemente viperino Oskar Matzerath (protagonista de «El tambor de hojalata», de Günter Grass), los niños han desempeñado frecuentemente el papel de elementos críticos respaldados por cierta sagrada inmunidad. «Los niños y los locos dicen las verdades», afirma el refrán, y los censores de la estabilidad social, intransigentes de por sí, transigen con tales verdades en mérito a su procedencia. Esta lucidez pueril proviene de su falta de confianza en el

mientos tan dispares como la guerra de Vietnam y los deberes del colegio, la emigración y el juego del yo-yo, los vuelos espaciales y la sopa cocinada por su madre...

Por otra parte, Mafalda no es tan sutil, tan «polished» como Charlie Brown: su simple aspecto físico basta para demostrarlo. Y es que, a fin de cuentas, Mafalda vive en un país cuyos problemas reales se insertan en la geografía del subdesarrollo: dictaduras militares, elevados índices de desempleo, emigración... Mafalda es plenamente consciente de esa situación; y, al comprobar en un globo terráqueo que «los países desarrollados son justamente los que viven cabeza-arriba», comprende que, «por vivir cabeza-abajo, a nosotros las ideas se nos caen...». ■ S. R. SANTERBAS.

(*) «Mafalda». Número 1. «Tirras» escritas y dibujadas por Quino. Ed. Lumen, Barcelona, 1970.